

CLARÍN Y EL MUNDO CLÁSICO

Si en esta cultura, que necesita de datos esquemáticos y lo más claros posibles para asimilar el gran caudal de información que recibimos preguntásemos por la figura de Clarín se nos diría quizá que era el autor de *La Regenta* y se le caracterizaría como provinciano y anticlerical: el prurito cultural queda tranquilo y nos permite convertirlo en *cliché* fácilmente asimilable, el prototipo de sabio decimonónico algo volteriano pero provinciano y, no se sabe por qué milagro, buen escritor. Compartiendo esta falta de preparación, voy a abordar la figura de Alas desde el punto de vista de su valor para la historia de la filología clásica en España; también intentaré señalar algunos aspectos de la repercusión que en su obra de creación tuvo la antigüedad clásica.

Trato con ello de reivindicar a Clarín sin necesidad de forzar su pensamiento, pues un mero repaso de sus textos basta para comprobar que en el desierto que fue el siglo XIX español desde el punto de vista de la Filología Clásica, Clarín puede brillar a la misma altura que personajes como Menéndez Pelayo, Galdós o Valera (curiosamente todos amigos suyos) que han sido ya tratados en varios estudios.

La primera biografía que se le dedicó, escrita por Juan Antonio Cabezas, tenía un título, *Clarín, el provinciano universal*, repetidamente alabado por la crítica posterior: en un *oxímoron* brillante Cabezas acertaba a definir lo que realmente fue su biografiado, un autor radicado casi toda su vida en Oviedo, pero con una amplitud de miras y un conjunto de preocupaciones que lo convierten en figura sobresaliente del siglo XIX, no sólo por su novela más famosa sino también por el conjunto de su producción en narrativa breve y el más de un millar de artículos dedicados a la crítica, que se siguen leyendo con gran interés por encima del olvido en el que han caído muchas de las obras que reseñaba.

Que Leopoldo Alas supo valorar y apreciar las humanidades clásicas es algo que resulta evidente con sólo leer un escrito académico suyo, bastante desconocido por otra parte, el discurso de inauguración del curso 1891-2 en la Universidad de Oviedo. El tema central es el de la crítica del utilitarismo pedagógico, ejemplificado en un libro del francés Frary, *La cuestión del latín*, en el que se propone la supresión tanto de éste como del griego para sustituirlos por ciencias «útiles», como la geografía (entendida en sentido amplio como «ciencia fisio-sociológica»), el inglés y otros estudios que creen ciudadanos aptos inmediatamente para el mercado de trabajo: como se ve, no estamos tan lejos del siglo XIX como a veces podemos pensar.

La refutación de este utilitarismo, que para Clarín no es más que una derivación del positivismo que ha imperado en el siglo XIX (y que continúa pujante, podemos añadir) se basa en el *Eclesiastés*, una referencia sorprendente al menos para los que se basen en el *cliché* antirreligioso de nuestro personaje. La meditación sobre el famoso *vanitas vanitatum* le lleva a plantear la importancia real de la ciencia para la vida: para él sólo la búsqueda de la verdad puede servir para calibrar el verdadero valor de la ciencia, y la piedra de toque es la meditación de la muerte; sólo se comprende la ciencia sin interés inmediatamente práctico desde esta base, pues el humanismo no se dirige a las cosas, sino al hombre. Para él, frente al utilitarismo, que se fundamenta en el egoísmo (individual o social), se halla el humanismo: si el fin del hombre, de la humanidad, es la riqueza en abstracto, las humanidades se convierten en materias para *dilettantes*; si la ciencia es la vía para alcanzar la verdad, las humanidades tienen un valor principal. Por ello Clarín realiza la alabanza de la sabiduría desinteresada recurriendo otra vez al *Eclesiastés*: «*he visto que no hay bien como alegrarse el hombre con lo que hiciera*». Según este autor:

la ciencia no hay que mirarla como un remedio para los males del mundo, no es esclava de nuestras lacerias, la ciencia es buena porque es la verdad, sea la verdad que sea¹.

¹ *Un discurso. Folletos Literarios VIII*, Madrid 1891 (reed. por J. García Sánchez, *Leopoldo Alas universitario*, Universidad de Oviedo, 1990, p. 46).

Partiendo de estos presupuestos ya no resulta tan sorprendente que la última parte del discurso se dedique a la defensa de la enseñanza de la religión como materia principal de toda educación. Pero esta vía tiene para Clarín como propedéutica la del estudio de las humanidades clásicas y es ésta la cuestión que nos interesa aquí tratar. En el propio discurso promete un libro dedicado exclusivamente a la cuestión y se contenta con señalar algunas cuestiones fundamentales: el clasicismo tiene su cumbre en el mundo griego, y la obra y el espíritu de los romanos no es sino un remedo más o menos fiel de la obra y del espíritu griegos. Se trata de una realidad difícil de definir, porque la respuesta es preferentemente vital:

Sí; en todo lo que toca a humanidades el helenismo es la flor del clasicismo. ¿Y qué es el helenismo? Mejor se siente que se dice. Si yo fuera pintor pretendería figurarlo en un cuadro que reprodujera un diálogo de Platón en que Sócrates discurre apaciblemente, rodeado de sus amigos, a orillas de un río famoso, no por su cauce, sino por las ideas y la poesía del país por donde corre. Mientras las aguas risueñas se deslizan murmurando, Sócrates deja correr la vida, meditando desinteresadamente acerca de la naturaleza divina de las ideas; asunto de valor universal, que a todos los hombres importa y que no interesa particularmente a ninguno².

Cuál es el problema de que las lenguas clásicas se hallen en entredicho es una pregunta que responde con su habitual agudeza crítica:

Por lo común, los que piden la abolición del griego y del latín no saben ni latín ni griego; no han sido educados clásicamente, a lo menos con fruto, y juzgan la cuestión sin conocer uno de sus términos; saben lo que no es la enseñanza clásica, pero no saben lo que es; a estas gentes es inútil hablarles de las ventajas que el espíritu de cada cual, y, por consiguiente, el espíritu social reporta del conocimiento concienzudo de los clásicos, del hábito de comunicar con aquella civilización antigua. No han experimentado esa influencia, no han sentido la transformación del alma al influjo de estos estudios y contemplaciones de lo clásico. Ellos niegan ese poder, nie-

² *Un discurso*, pp. 64-5.

gan ese influjo, porque no han sentido su acción; en rigor no hay argumento que valga para quien juzga desde tal punto de vista³.

Ante la cerrazón de los incapaces de comprender el valor de la cultura clásica, porque no la conocen, sólo queda el «*encogerse de hombros*» y argumentar en lo posible, como por ejemplo haciendo un repaso de las principales naciones de Occidente para observar, aunque sólo sea someramente, la muy positiva valoración de los estudios clásicos en ellas: Estados Unidos («*que parece que representa el espíritu positivo, el medro económico*»), Rusia, Inglaterra, Italia y Francia. La mera comparación con España que resulta es desalentadora:

En España, por ejemplo, olvidando una gloriosa tradición, los estudios de este orden, como todos, andan por el suelo; porque no cabe negar que la decadencia española donde más se nota, donde más dolorosa aparece, es en cuanto se refiere a la actividad intelectual, sobre todo en la instrucción pública⁴.

Frente al renacimiento de los estudios clásicos en Europa, España, viene a decir Clarín, es un desierto. Esto lo ejemplificará en múltiples textos literarios, como uno de un cuento, crítica de la deficiente preparación del clero, ejemplificada en Facundo, el típico muchacho que «va pa' cura»:

Facundo fue colegial, niño de coro, interno en el seminario. Aprendió muy bien latín; de memoria, se echó al cuerpo una porción de filosofía de Balmes, fray Ceferino González, todo en latín, y entró triunfante en la teología «desempeñando» Santos Padres y doctores de la Iglesia, como si dijéramos; y hasta los Padres griegos citaba de memoria, sin entender una palabra⁵.

Múltiples veces hace objeto de su burla la falsa cultura de personas supuestamente educadas, por medio de la confrontación con las referencias clásicas. Basten dos ejemplos:

³ *Un discurso*, p. 67-8.

⁴ *Un discurso*, p. 80.

⁵ «El Cristo de la Vega ... de Ribadeo» (en *El gallo de Sócrates y otros cuentos*, Madrid, Austral, 1973), p. 42.

– Pero al fin es mujer, et *nihil humani*...

No sabía lo que significaba este latín, ni adónde iba a parar, ni de quién era, pero lo usaba siempre que se trataba de debilidades posibles.

Los socios rieron a carcajadas.

– ¡Hasta en latín sabe maldecir el pillastre!, pensó el padre, más satisfecho cada vez de los sacrificios que le costaba aquel enemigo⁶.

Morales [el protagonista, hombre moderno] era muy amigo de repetir que él, gracias al progreso, sabía más que Aristóteles. Excuso decir que sabía mucho menos. También sabía más que santo Tomás. Se reía, en el seno de la confianza, de la «forma silogística». Aborrecía la rima en el verso; quería que las casas fueran de hierro, y filosofaba a lo jónico moderno, asegurando que «todo era electricidad»⁷.

Clarín aboga pues por el estudio serio de las lenguas clásicas como base de una educación profunda y humanista, pero reformando lo que haya que corregir: «que se cultiven las lenguas clásicas no con el propósito de hablarlas y escribirlas, sino con el de comprender bien a los autores griegos y latinos», es decir, un estudio orientado hacia la comprensión cabal de la literatura y la cultura clásicas, que pasa necesariamente por el dominio de la lengua.

Este aprecio suyo por las humanidades clásicas se comprende mejor por un repaso de su biografía. Terminada la carrera de Derecho se trasladó a Madrid para estudiar Filosofía y Letras y allí cursó latín, griego y literaturas clásicas; pero su experiencia con el griego había sido desastrosa ya antes, por la incompetencia del profesor, algo de lo que siempre se lamentó, como recuerda al trazar una semblanza de su condiscípulo Menéndez Pelayo:

¡El griego! Tomás [Tomás Tuero, un amigo de Clarín], ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de aquel griego que nos enseñaba aquel dómine que no lo sabía? ¿Te acuerdas de aquel lorito del vecino que decía ¡*tuptoo!* ¡*tuptooo!* a fuerza de oírsele repetir al buen dómine que marcaba el compás del *ar-*

⁶ *La Regenta* (G. Sobejano (ed.), *Leopoldo Alas «Clarín», La Regenta*, Madrid, Castalia, 1981 (2 vols.), I, p. 269).

⁷ «El sombrero del señor cura» (en *El gallo de Sócrates*), p. 76.

sis y la *tesis* sobre nuestras románticas espaldas con las nada clásicas disciplinas? ¿Tendrá la culpa aquel dómine de que ni tú ni yo seamos unos clásicos? Acaso no; quizá hemos nacido románticos; (...)

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con los intereses del país? Absolutamente nada. Pero yo no escribo al país, sino a un amigo que, como yo, desearía saber griego, y lo sabría de veras si se lo hubieran enseñado *humanamente*, como hoy lo enseñaría Menéndez Pelayo, por ejemplo. (...) Amar lo antiguo por ignorancia de lo moderno es achaque de algunos eruditos; pero amarlo conociendo lo nuevo, y por lo mismo, porque se echa de menos en esto lo que en lo antiguo existe, es otra cosa, y en este caso está Menéndez Pelayo⁸.

En varias ocasiones habla elogiosamente de Lázaro Bardón, profesor de griego y de Camus⁹, de literatura latina y griega, del que hace un largo panegírico en otro de sus artículos, con ocasión de su fallecimiento

Y Camus se entusiasmaba; (...) y era elocuente desde luego aquel amor por lo clásico, a lo griego, que se manifestaba en sus gestos, en el timbre de su voz, en el calor que le enrojecía el rostro, mientras maldecía de los pícaros romancistas y elogiaba con ditirambo perpetuo a cuantos, desde el Renacimiento acá, supieron comprender y sentir de veras el *quid divinum* del arte helénico. (...) Si hubiera muchos Camus, las dulces *humanidades* no correrían en España a la fatal ruina a que se precipitan. La famosa cuestión del latín tiene para mí estas dos diferentes soluciones condicionales. Las letras clásicas explicadas por maestros como don Alfredo Adolfo Camus, a nadie le sobran: las letras clásicas explicadas por los pedantes, por el vulgo del *profesorado mecánico*, no sirven para nada¹⁰.

⁸ *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, pp. 34-5.

⁹ Para estos profesores cf. S. Olives Canals, «Don Lázaro Bardón (1817-97). Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España» *EClás* 2, 1953-4, pp. 5-40 y M. P. Martínez Lasso, *Los estudios helénicos en la Universidad española, 1900-1936* Madrid, Ed. Universidad Complutense: Tesis Doctoral, 1988.

¹⁰ «Camus» (en A. Vilanova (ed.), *Leopoldo Alas «Clarín», Ensayos y revistas*, Barcelona 1989), p. 84-5.

También en la crítica literaria reivindica la necesidad de la formación clásica, frente a los críticos regidos sólo por el 'gusto' y sin preparación. Como ejemplo se pueden citar, entre muchos, dos jugosos textos:

[Sobre la proliferación de críticos sin preparación]: «En cuanto a la ciencia, que antiguamente se decía ser necesaria, hoy no hace falta: es más, estorba; y ni los estudios clásicos, ni la estética ni la retórica, ni siquiera la gramática son para el crítico más que trabas que dificultan el libre vuelo de su... vamos, de su poca vergüenza¹¹.

Desde que hemos dado al traste con Aristóteles, Horacio y Quintiliano, esto de ser crítico es como coser y cantar¹².

Si nos detuviéramos sólo en estos documentos podríamos considerar a Clarín como una figura más de las muchas que en los dos últimos siglos han abogado por los estudios clásicos, a la que al menos no habría que incluir en el grupo de los agoreros, tan frecuentes en la actualidad, porque le salva su optimismo y su punzante sentido del humor. Pero es que además en su labor literaria la presencia de lo clásico es constante: Clarín se deleita en llenar de referencias clásicas su obra, pero no como meros postizos al estilo clasicista que muy frecuentemente reprueba, esa Grecia pasada por lo francés que le repugna. Muchas veces refleja en sus textos críticos su ideal literario basado en lo clásico, por ejemplo comentando una novela de Valera, gran helenista y muy apreciado por Clarín: la cultura clásica ha de servir de sustrato, es la base sobre la cual se puede reconsiderar el mundo moderno, sin caer en el error de hacer un calco servil y sin vida:

Ya se sabe que el señor Valera es un académico ideal, quiero decir, como deben ser; comprende cuánto bueno se puede extraer del tesoro de las letras sabias, a qué puede llegar una erudición vasta, profunda y bien dirigida por el raciocinio y el gusto; sabe asimismo cuáles son las exigencias de los modernos tiempos, y con arte exquisito emplea en obras de gusto moderno la riqueza de erudición, la experiencia artística, ganadas en estudios clásicos, clásicos de

¹¹ *Solos de Clarín*, p. 26.

¹² *Solos de Clarín*, p. 28.

veras. Como en todo, en el estilo y en el lenguaje revela tales ventajas el autor de *Asclepigenia*; escribe como nadie porque es castizo y sabe *mucho diccionario*, y algo que no está en el diccionario, sin degenerar en arcaico, ni en voces, ni en giros; de las nuevas maneras aprovecha lo que no desdice de la elegancia antigua, lo que no choca con el gusto delicado y es útil para expresar mejor lo que mejor se piensa ahora; por todo lo cual, el estilo de Valera ni pueden rechazarlo los académicos ni los profanos pueden menos de admirarlo¹³.

Esto es lo que guía a nuestro autor, desde detalles mínimos hasta la concepción de sus novelas más complejas. En los detalles mínimos podemos incluir el uso de nombres parlantes, común en el siglo XIX (basta recordar a Dickens), pero de raigambre clásica y con uso de referentes lingüísticos antiguos: así el protagonista de un cuento¹⁴ es un tal Aurelio Marco «gran filósofo fin de siècle y padre de familia no tan filosófico»; en «El sustituto» el protagonista, que se libra de la mili, se llama Eleuterio; en «El número uno» un niño empollón que acaba en medianía recibe el curioso nombre de Primitivo Protocolo. En *La Regenta* la ciudad es llamada muy propiamente Vetusta, con todas las connotaciones que la palabra tiene; al pusilánime Saturnino Bermúdez la frívola Obdulia le llama Saturno cuando quiere conquistarlo; el poeta oficial de Vetusta es Trifón Cármenes. La ironía de Clarín exige, como lo ha analizado magistralmente Rutherford¹⁵, un lector cómplice, no pasivo, sino dispuesto a confrontar lo que lee con referentes no siempre asequibles al común, muchos de ellos clásicos. Valga como ejemplo la primera frase de *La Regenta*: «la heroica ciudad dormía la siesta», con la mezcla de un tono épico y su contradicción inmediata, que dan el tono de la novela, algo también analizado magistralmente por el propio Rutherford.

De la ironía de Clarín a partir de lo clásico se podrían poner múltiples ejemplos. El desconocimiento general del latín y el griego y el tono presuntuoso de quienes los utilizan para darse lustre se puede ver en el texto siguiente:

¹³ *Solos de Clarín*, pp. 307-8.

¹⁴ «La yernocracia» (en *El Señor y lo demás, son cuentos*, Madrid, Austral, 1988), p. 131.

¹⁵ J. Rutherford, *La Regenta y el lector cómplice*, Universidad de Murcia, 1988.

[Un balneario] Ostentaba en la miserable portada un presuntuosísimo letrado que decía, en griego, con letras gordas coloradas: 'Gerontocomía'. Aquella palabra solía aparecer en las pesadillas de los enfermos que acudían a Termas-Altas. Las primeras bromas de los bañistas noveles se referían siempre al rótulo griego: la mayor parte se marchaban sin saber lo que significaba. El mismo Campeche [el dueño] no estaba seguro de que aquello tuviera traducción posible. A una señora que acudía a las termas desde treinta años atrás la llamaban Doña Gerontocomía¹⁶.

El griego y el latín aparecen como arcanos: todo lo raro es griego. En un cartel de una barraca de feria se lee «Honni soit qui mal y pense», que lleva a la esposa del protagonista a la siguiente reflexión:

La buena señora creía que su esposo sabía, por adivinación, todas las lenguas, incluso el griego, idioma a que sin duda pertenecía aquel letrado¹⁷.

Ilustrativa es la comparación del griego con la cara del Magistral de *La Regenta*, interesante tanto por el término de comparación como por la figura que se compara:

Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro todo expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba¹⁸.

El hecho de que ese arcano pueda producir terror es motivo de burla en varias ocasiones, como, por ejemplo, en el pasaje siguiente:

[El médico de la aristocracia en Vetusta] no usaba muchos términos técnicos, porque, según él, a los profanos no se les ha de asustar con griego y latín¹⁹.

¹⁶ «El caballero de la mesa redonda» (en *Cuentos Morales*, Barcelona, Bruguera, 1982), p. 263.

¹⁷ Avevilla (en A. Ramos-Gascón (ed.), *L. Alas (Clarín). Pipá*, Madrid, Cátedra, 1981), p. 219.

¹⁸ *La Regenta*, I, pp. 102-3.

¹⁹ *La Regenta*, I, p. 427.

Le gusta también realizar comparaciones impropias sobre todo con personajes humildes, en las que se interfiere el narrador para hacernos un guiño irónico

Pipá improvisaba [versos] en las grandes ocasiones, por más que de ordinario despreciase, como Platón, a los poetas²⁰.

¡Cobre usted! —gritó con energía el provinciano, aludiendo al duro que había entregado al asturiano del pescante (perífrasis que prefiero a llamarle automedonte)²¹.

Pero no sólo se recurre a la ironía, que tampoco está nunca totalmente ausente; algunos pasajes bastan como ejemplos de recuperación de lo clásico de un modo creativo y especialmente afortunado:

La mujer más fiel se distrae por mirarse en los mil ojos del Argos enamorado, de la multitud que contempla²².

Y al cementerio. Delante la cruz y los ciriales; detrás la caja, y luego, en dos filas, el coro de la muerte, el coro trágico, que calla a ratos, mientras habla el misterio de ultratumba allí dentro en la caja, sin que lo oigan los del coro; como, en el palacio de Agamenón, mientras Orestes asesina a Egisto no se oye nada... Y vuelve el coro a cantar, a cantar los terrores de la muerte; terrores de que no habla la letra, a que nadie atiende, pero de que hablan las voces cavernosas, el canto llano, el aparato fúnebre²³.

Se puede recordar también la descripción que se hace de Pedro, el cocinero de los marqueses de Vegallana en *La Regenta*:

[Para Pedro] el fogón era un dios y él su pontífice máximo; los demás sacrificaban en las aras del fogón y Pedro celebraba misteriosamente y en silencio²⁴.

²⁰ «Pipá» (en *Pipá*), p. 111.

²¹ «Bustamante» (en *Pipá*), p. 299.

²² «Un documento» (en *Pipá*), p. 182.

²³ «Cuervo» (en *Superchería, Cuervo, Doña Berta*, Madrid, Taurus, 1970), p. 129.

²⁴ *La Regenta*, I, p. 324.

Valgan estas pocas referencias para situar a Clarín en confrontación fructífera con lo clásico. Me he limitado a un análisis superficial, pero no quiero terminar sin dejar de señalar algunas vías interesantes que nuestro autor recorre. Dos de sus cuentos, *Vario* y *El gallo de Sócrates*, se desarrollan en un ambiente latino y griego respectivamente. En el primero se hace una magnífica recreación del poeta latino Vario, cuya obra ha desaparecido casi totalmente; en *El gallo de Sócrates* realiza una continuación muy lograda del *Fedón* platónico. Otros dos cuentos, *La mosca sabia* y *Zurita*, sirven al autor para expresar la soledad del sabio —formado fundamentalmente en el estudio de la antigüedad clásica— respecto a sus conciudadanos. En *La Regenta* uno de los pasos de la educación sentimental de Ana Ozores es el conocimiento de la antigüedad clásica, considerado por ella como evasión de un mundo en el que se siente aprisionada. Sin embargo, no le servirá de asidero para la vida; el acercamiento romántico a la antigüedad es al final frustrante:

La muchacha envidiaba a los dioses de Homero que vivían como ella había soñado que se debía vivir, al aire libre, con mucha luz, muchas aventuras y sin la férula de un aya semi-inglesa.

También envidiaba a los pastores de Teócrito, Bión y Mosco; soñaba con la gruta fresca y sombría del Cíclope enamorado, y gozaba mucho, con cierta melancolía, trasladándose con sus ilusiones a aquella Sicilia ardiente que ella se figuraba como un nido de amores²⁵.

Para Clarín, la antigüedad no es la panacea, es un mundo que enseña mucho al hombre contemporáneo si se acerca a él con espíritu abierto y humanista: no es un refugio, no es la edad de oro perdida; los clásicos son hombres como nosotros y supieron reflexionar y dar forma artística a su cultura: por eso son un modelo.

ÁNGEL RUIZ PÉREZ

²⁵ *La Regenta*, I, pp. 199-200.